



fundación
Ramón y Katia Acín

Ramón Acín *toma la palabra* 2 - No riáis-*La Ira*



Proseguimos con la tarea recién comenzada de ofreceros todos los artículos y escritos de Acín publicados en prensa u otras publicaciones. En esta segunda entrega aparece el segundo número de *La Ira* que sería el último, pues su publicación supuso de detención de los redactores y la consiguiente desaparición de la revista. El motivo no era solo el artículo de Acín, por muy anticlerical que fuera. Es que todo el ejemplar estaba dedicado a la Semana Trágica de Barcelona, explosión de protesta popular ocurrida justo el día 26 de julio, día en que salió a la calle el 2º número de *La Ira*, pero cuatro años antes, en 1909. En esta entrega os ofrecemos el artículo de Acín y unos cuantos textos que dan luz a los sucesos ocurridos, del crimen gubernamental que supuso el proceso y fusilamiento de Francisco Ferrer i Guardia, suscitado por la iglesia católica que veía en Ferrer y los defensores de la enseñanza laica, progresista, igualitaria y científica, no al diablo, sino a quienes ponían en peligro su muy sagradísimo negocio.

Miguel Bandrés- Fragmentos sobre Ramón Acín y *La Ira*

Miguel Bandrés. *Obra artigráfica de Ramón Acín*. IEA, 1987 . pgs 28 -35

(...) El segundo y último número de "La Ira" está centrado en los acontecimientos desarrollados en Barcelona del 25 al 30 de julio de 1909, cumpliéndose en el momento de salir a la calle este número el cuarto aniversario de la *Semana Trágica* y del fusilamiento de Francisco Ferrer Guardia en el castillo de Montjuic. Los textos son agresivos, motivados por el descrédito, por parte de algunos miembros de la Iglesia y de la política, hacia los participantes en estos sucesos:

Los revolucionarios de julio han sido denigrados por la cléricanalla, y denominados "vándalos, salvajes, hienas ávidas de sangre, etc." Todo esto, a pesar de haber respetado a la frailería inmundada -quizá por asco hacia esta clase de carne- y a pesar de no haber usado con ellos más que palabras corteses y frases galantes.

Para otra vez ya sabemos lo que hacer: los raziaremos; los septembrizaremos,

que diría Anacarsis Klootz; celebraremos con ellos una Misa roja, que diría Vouland; los inmolaremos como a aquellos 450 sacerdotes de Baal que degolló Elías sobre el arroyo del Cisón.

Hasta la séptima generación, dijo Lacierva, que quedaría recuerdo de la represión de 1909. ¿Hasta la séptima? Y hasta la septuagésima también. Y su nombre -el nombre del "otro yo" maurista- irá unido al de sus víctimas como el de los perseguidores de Cristo. Y llevará siempre sus crímenes atados, como una cadena de muchas vueltas, a su cuello de malhechor.

Ramón Acín escribe para este número el complejo artículo *No riáis* (26-VII-1913). De una parte, abunda la información iconográfica sobre unos estamentos concretos de la Iglesia, y, por otro lado, su crítica incide en estas órdenes eclesíásticas, arremetiendo directamente contra su imagen. Aspectos como la bondad, la caridad, ... son cambiados por corrupción, injusticia, ... , empleando un tono de mayor ferocidad:

"No riáis, agustinos, escolapios, agonizantes, capuchinos, trapenses, dominicos, cartujos, carmelitas, jesuitas.

No riáis, los de los pies al aire con roña entre los dedos; los de los zapatones grandes y destartados; los de las botas lustrosas con hebillas relucientes; los de las barbas como anunciantes de específicos; los de las caras afeitadas como toreros, y ademanes de *sarasa* de cine; los de las narices grandotas, salpicadas de granos como puño de bastón claveteado; los de la nariz afilada como picos de ave rapiña; los del burdo ... "

Aun siendo una caricatura cercana a las aparecidas en otras publicaciones donde es explotada la figura del clérigo, en este artículo subyace una empeñada postura anticlerical, pero no un ataque directo hacia la religión, sino más bien a la Iglesia como institución. Ridiculiza visualmente las figuras de estos personajes popularmente reconocidos, censurando sus aspectos más internos e incluso llegando a un ataque final polémico e incendiario:

trapenses, dominicos, carmelitas, jesuitas, que no siempre el humo que salga por vuestras aspilleras, por vuestras rejas, por debajo de vuestras puertas blindadas, por los respiraderos de vuestros subterráneos, no siempre ese humo será incienso; que día llegará en que de nuevo vuestras celdas, vuestras salas de rezos, vuestros comedores, vuestros salones de recibir, aparezcan culotados de humo y de llama como las pipas viejas de los viejos marinos "

Ciertamente, como se puede apreciar, estos dos primeros números de "La Ira" -FORTITER IN RE Y FORTITER IN MODO, palabras situadas en el encabezamiento de la primera plana y a los lados de la línea donde se especifica la dirección de la Redacción y Administración de este periódico- 22 abren una dura polémica; las alusiones a figuras de la vida pública son directas y corrosivas. Rápidamente son cerrados los talleres y denunciados los redactores.



Ramón Acín, unos años más tarde, recordará con detalle estas peripecias:

"El primer número cayó como una bomba; Francos Rodríguez, gobernador de Barcelona a la sazón, dudando si llevamos al manicomio o a la cárcel, son palabras tuyas, nos dejó en libertad. Al segundo optaron, sin dudar, por llevamos a la cárcel; si sale el tercer número, ya en prensa, ¡pum, pum!, nos fusilan, con trinos de dulces pajaritos, en mitad de la Rambla de las Flores. Desde luego un bello morir, mas mejor es poderlo contar".

Y así, con este mismo tono desenfadado, Acín preparó cuatro dibujos que se conservan en original, realizados una vez cerrada la redacción de "La Ira". En estas viñetas satiriza a la Iglesia, caricaturiza a políticos como Lerroux y al propio Francos Rodríguez, que, perdido en el laberinto de una huelga, no encuentra la salida ante las insistentes risas de los huelguistas; *El laberinto de la vega* :

"En Francos Rodríguez -¡Apa, nois ... En lloc de riure, bé podrien dirme la sortida ... "

Incluso se autocaricaturiza en otro dibujo. Desgreñado y con un gran lazo al cuello, permanece de pie delante de un juez de poderosa y enorme mano; a su espalda, un guardia de seguridad con fusil al hombro y bigote 10 vigila; se trata de *El reo político* :

"El president -¡Quins motius alega vosté per a dir, en una poesia, lladre al señor Romanones.

El poeta -Senyor President. Això son coses que las fa dir el consonant".

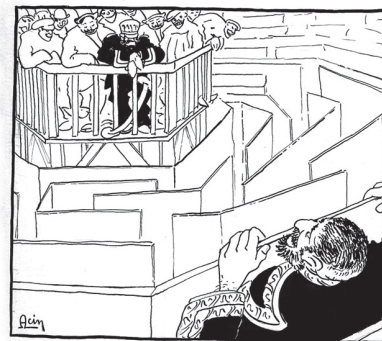
Aunque estas viñetas no fueron publicadas, estaban destinadas a alguna revista satírica-crítica editada en Barcelona. Los textos al pie en lengua catalana 10 sugieren. y, curiosamente, en el estrecho espacio de las paredes de una cárcel barcelonesa debieron de coincidir los redactores de "La Ira" y el director de "La Campana de Gracia", en estos momentos procesado por un dibujo que había aparecido el 9 de agosto. Pocos días más tarde, al cumplirse un mes de la publicación del último número de "La Ira", en "La Campana de Gracia" y entre los artículos de apoyo a su director, aparece un dibujo que representa a varios periódicos encadenados y amordazados ("La Ira", "El Progreso", "El Poble Catalá", "Renaixement" y "La Publicidad").



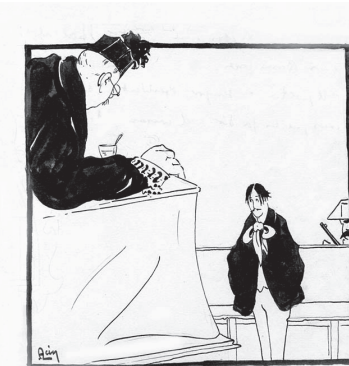
- ¡Ya lo ves! ... Ha caído de un quinto piso y no se ha hecho daño...
- Después maldecirán que el ayuntamiento deja las basuras en la calle...



- ¡Vaya, compañero; ¡nosotros nunca nos declaramos en huelga!
- ¡Vaya, compañero! ¡Nosotros nunca nos declaramos en huelga!
- ¡DI mejor que nunca nos declaramos trabajadores!



El laberinto de la vega
En Francos Rodríguez - ¡Apa, nois ... En lloc de riure, bé podrien dirme la sortida ...
El laberinto de la huelga
Francos Rodríguez: -¡Venga, chicos...
En vez de reiros, bien podríais decirme la salida!



El presidente - ¿Qué motivos alega usted para decir en una poesía, "ladrón" al señor Romanones
El poeta - Señor Presidente. Esto son cosas que las hace decir el consonante



No riáis

Ramón Acín. *La Ira* nº 2. Barcelona, 26 de julio de 1913. (Id.frka: ap002).

No riáis

26 de julio de 1913. *La Ira*, Barcelona. (Id. web: ap002)

El aniversario de los sucesos de la «Semana Trágica» barcelonesa de 1909 sirve de acicate para arremeter contra las órdenes religiosas que han vaciado por completo el originario mensaje evangélico. El artículo supone la participación en el segundo y último número de la *La Ira*: ni les dejaron ni pudieron continuar; el periódico se cierra y sus redactores son mandados a la cárcel. La publicación nace con una voluntad de radicalidad y bebe del pensamiento anticlerical extendido en amplios sectores de la población. El estilo se aproxima a la oralidad y puede situarse entre la advertencia bíblica y el salmo laico.

.....

NO RIÁIS, AGUSTINOS, ESCOLAPIOS, agonizantes, capuchinos, trapenses, dominicos, cartujos, carmelitas, jesuitas.

No riáis, los de los pies al aire con roña entre los dedos; los de los zapatos grandes y destartados; los de las botas lustrosas con hebillas relucientes; los de las barbas como anunciantes de específicos; los de las caras afeitadas como toreros, y ademanes de *sarasa* de cine; los de las narices grandotas, salpicadas de granos como puño de bastón claveteado; los de la nariz afilada como picos de ave de rapiña; los del burdo sayal cuyo tosco tejido es nido de porquería; los de la sotana mugrienta manchada como trapo de cocina; los del manto de rico merino como el manto de viuda joven; los del cordel de cáñamo, que hoy es cinturón y mañana convertiremos en dogal; los que dejasteis la choza de Pedro el Pescador para instalarlos en palacios de mampostería; los que abandonasteis el desierto de la Tebaida y los montes Armenios por las grandes urbes; los que arrancasteis los dientes a la calavera de San Jerónimo para ponéroslos postizos, engarzados en oro, y poder

sonreír delante de las señoronas que os visitan; los que tiráis como desperdicios en vuestras cocinas lo que fue el único alimento de vuestros fundadores; los que quemasteis las antiguas cruces de madera para fundir la plata de los modernos crucifijos que os regalan vuestras clientes de confesionario; los que dejasteis de hacer rosarios debajo de un árbol de amable sombra y junto a una fuente de clara agua para instalar fábricas de licores y chocolates.

No riáis, no riáis con vuestras bocazas grandes con dientes carcomidos, por donde eructan vuestros estómagos ahitos; no riáis agustinos, escolapios, agonizantes, capuchinos, trapenses, dominicos, carmelitas, jesuitas, que no siempre el humo que salga por vuestras aspilleras, por vuestras rejas, por debajo de vuestras puertas blindadas, por los respiraderos de vuestros subterráneos, no siempre ese humo será de incienso; que día llegará en que de nuevo vuestras celdas, vuestras salas de rezos, vuestros comedores, vuestros salones de recibir, aparezcan culotados de humo y de llama como las pipas viejas de los viejos marinos.

El aniversario de los sucesos de la “Semana Trágica” barcelonesa de 1909 sirve de acicate para arremeter contra las órdenes religiosas que han vaciado por completo el originario mensaje evangélico. El artículo supone la participación en el segundo y último número de la *La Ira*: ni les dejaron ni pudieron continuar; el periódico se cierra y sus redactores son mandados a la cárcel. La publicación nace con una voluntad de radicalidad y bebe del pensamiento anticlerical extendido en amplios sectores de la población. El estilo se aproxima a la oralidad y puede situarse entre la advertencia bíblica y el salmo laico.

No riáis, agustinos, escolapios, agonizantes, capuchinos, trapenses, dominicos, cartujos, carmelitas, jesuitas.

No riáis, los de los pies al aire con roña entre los dedos; los de los zapatos grandes y destartados; los de las botas lustrosas con hebillas relucientes; los de las barbas como anunciantes de específicos; los de las caras afeitadas como toreros, y ademanes de *sarasa* de cine; los de las narices grandotas, salpicadas de granos como puño de bastón claveteado; los de la nariz afilada como picos de ave de rapiña; los del burdo sayal cuyo tosco tejido es nido de porquería; los de la sotana mugrienta manchada como trapo de cocina; los del manto de rico merino como el manto de viuda joven; los del cordel de cáñamo, que hoy es cinturón y mañana convertiremos en dogal; los que dejasteis la choza de Pedro el Pescador para instalarlos en palacios de mampostería; los que abandonasteis el desierto de la Tebaida y los montes Armenios por las grandes urbes; los que arrancasteis los dientes a la calavera de San Jerónimo para ponéroslos postizos, engarzados en oro, y poder sonreír delante de las señoronas que os visitan; los que tiráis como desperdicios en vuestras cocinas lo que fue el único alimento de vuestros fundadores; los que quemasteis las antiguas cruces de madera para fundir la plata de los modernos crucifijos que os regalan vuestras clientes de confesionario; los que dejasteis de hacer rosarios debajo de un árbol de amable sombra y junto a una fuente de clara agua para instalar fábricas de licores y chocolates.

No riáis, no riáis con vuestras bocazas grandes con dientes carcomidos, por donde eructan vuestros estómagos ahitos; no riáis agustinos, escolapios, agonizantes, capuchinos, trapenses, dominicos, carmelitas, jesuitas, que no siempre el humo que salga por vuestras aspilleras, por vuestras rejas, por debajo de vuestras puertas blindadas, por los respiraderos de vuestros subterráneos, no siempre ese humo será de incienso; que día llegará en que de nuevo vuestras celdas, vuestras salas de rezos, vuestros comedores, vuestros salones de recibir, aparezcan culotados de humo y de llama como las pipas viejas de los viejos marinos. □



Dibujo de Ramón Acín sin fecha



¿Por qué la Semana Trágica de Barcelona?

David Suárez. Publicado en *Historia y Vida* nº 448, 2002. Pgs. 63-71 y reproducido en *La Vanguardia* de Barcelona, 26 julio 2019.
<https://www.lavanguardia.com/historiayvida/historia-contemporanea/20190719/47314131353/por-que-la-semana-tragica-de-barcelona.html>

En 1909, el envío de reservistas a combatir en Marruecos provocó un levantamiento popular.
El anticlericalismo supuso la nota predominante de la rebelión.



Barcelona era desde finales del siglo XIX uno de los focos insurgentes más activos de la península. La industrialización catalana había dado lugar a una burguesía floreciente y a un proletariado sin soluciones políticas en la España de la Restauración, y las flagrantes diferencias sociales entre clases servirían de base para la propagación de idearios de índole revolucionaria, como el anarquismo, que concentró en la ciudad condal el grueso de sus atentados contra los intereses de autoridades y patronales.

Barcelona estaba, además, especialmente sensibilizada respecto a los abusos del poder en tanto que escenario de las idas y venidas de soldados a los conflictos en Cuba, Puerto Rico y Filipinas a finales de siglo, que representaron una auténtica sangría y que se saldaron con la pérdida de las colonias. Iniciado el siglo XX, la nueva sangría se situaría en Marruecos. En el verano de 1909, el embarque en Barcelona de unos reservistas para combatir en el norte de África fue la chispa que encendió un violento fuego insurreccional.

Las protestas de la que se llamó Semana Trágica respondían a un sistema que enviaba a combatir a los más pobres, pero se expresaron en la quema y profanación de conventos, iglesias y otros edificios religiosos de la ciudad. Durante la revuelta, ni representantes ni inmuebles relacionados con los intereses de los poderosos (banca, industria, instituciones gubernamentales...) sufrieron agresión alguna. La pregunta, pues, es obligada: ¿por qué la rebelión de los más desfavorecidos contra un sistema injusto se manifestó únicamente contra la Iglesia?

Inmovilismo general

La España que despertó al siglo XX estaba marcada por el desastre colonial. A excepción de los socialistas, ninguna fuerza política estaba realmente interesada en renovar el sistema político de la Restauración. Las elecciones, pese al sufragio universal para los varones mayores de 25 años, siguieron amañándose. Ni siquiera la entronización de Alfonso XIII sirvió de acicate para la tan cacareada regeneración.

En el terreno económico la situación era peor. La pérdida de Cuba y Filipinas representó la desaparición del principal mercado para las exportaciones e importaciones y planteaba un difícil reto para las grandes fortunas que, sobre todo en Barcelona, habían crecido a la interesada sombra de un sistema convenientemente proteccionista. En aquellos años de ferviente colonialismo, España carecía de colonias, lo que equivalía a no tener mercados.



En lo social, el hundimiento colonial supuso el arribo a España, principalmente a través del puerto de Barcelona, de un gran contingente de indianos, soldados y religiosos, la mayoría en penosas condiciones. Todo ello agravó una economía en crisis, en la que la industrialización se desarrollaba de manera desigual y sin ninguna planificación. Las condiciones de trabajo, tanto del campesinado como del creciente proletariado industrial, eran lamentables, y seguía sin elaborarse un sistema jurídico que regulara unas relaciones laborales en las que las arbitrariedades de los patronos eran habituales. Además, el 90% de la población seguía siendo analfabeta, y la enseñanza era patrimonio de las órdenes religiosas, ya que el Estado carecía de un programa educativo propio.

El sucedáneo

La derrota en Cuba y Filipinas sembró el resentimiento entre la oficialidad. Incapacitados para la autocrítica, los militares culparon de la derrota y la consiguiente decadencia de su estamento a los políticos, a la creciente influencia de las ideas del **obrerismo** revolucionario y al separatismo. Otra consecuencia del repliegue colonial fue la hipertrofia: el ejército español estaba superpoblado de oficiales, lo que supuso el pase a la reserva o sin destino de muchos de ellos.

A principios del siglo XX, ese ejército descontento con el poder civil y con sus compatriotas en general consumía la mayor parte del presupuesto nacional. En ese contexto, Marruecos se convirtió en un remedo de la tierra prometida para los militares. Tras la Conferencia de Algeciras, a España le correspondió la tutela de la zona septentrional del país norteafricano.

Poco a poco se fue fraguando la idea de que los escarpados terrenos del Rif marroquí podían ser el sucedáneo de las pérdidas económicas y territoriales en ultramar. Así que, sin grandes despliegues, se iniciaron negocios, sobre todo mineros, para explotar aquellas tierras. Estos intereses estaban directamente vinculados a relevantes personajes políticos, como el conde de Romanones, e indirectamente al propio rey Alfonso XIII. La defensa de estas empresas mineras de unos ataques de los rifeños, que se oponían a la presencia española, fue lo que motivó la movilización de los reservistas que debían embarcar en Barcelona aquel julio de 1909.

Contra la Iglesia

Fue José Canalejas, líder del Partido Liberal a principios de siglo, el primero en atacar los privilegios de la Iglesia y en colocar el papel de la religión en el Estado en el centro del debate público. La Iglesia católica era uno de los pilares en los que se cimentó la Restauración, puesto que la monarquía buscó la explícita adhesión del Vaticano y de la curia española ante la importante oposición del carlismo.

Además, a principios de siglo España acogió a muchos de los religiosos expulsados de Francia y Portugal (cuyos gobiernos llevaron a cabo la separación entre Iglesia y Estado, desplazando a las órdenes de ámbitos como la enseñanza). Esto, sumado al regreso de gran parte del clero que ejercía en las colonias, incrementó notablemente la población religiosa. En 1904 la componían cerca de 50.000 personas, de las que unas 2.000 eran extranjeras.



Multitudinaria manifestación en Barcelona

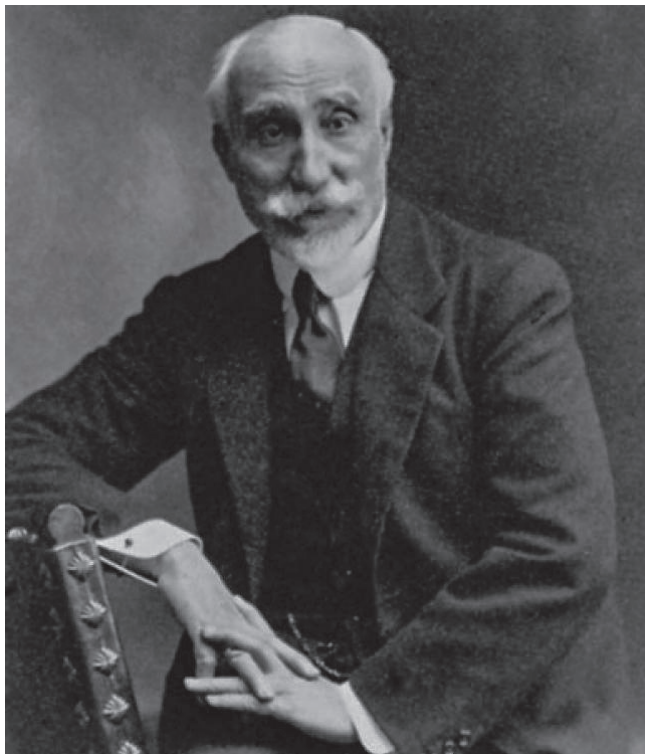


Pero la principal causa del auge del anticlericalismo, especialmente entre la población urbana y las clases obreras, era la escasa sensibilidad social de la Iglesia ante el problema de la lucha de clases. La encíclica *Rerum Novarum*, por ejemplo, promulgada por el papa León XIII en 1891, recogía aseveraciones como esta: “Pretender la igualdad entre los hombres, tal como la entiende el socialismo, es el mayor de los absurdos. Los hombres no pueden ser iguales”.

Pocas veces la jerarquía eclesiástica española se puso de parte de los trabajadores en la lucha obrera. De hecho, la Iglesia era uno de los principales motores empresariales del país. A ello se añadía el falso paternalismo con que se dispensaba la beneficencia y los servicios a los más desfavorecidos. Incluso se llegaba a competir con los obreros en el mercado laboral, ya que la Iglesia ofrecía a los huérfanos y asilados a su cargo como fuerza productiva, generalmente a un precio más económico para las compañías.

La creación de múltiples círculos católicos obreros tampoco sirvió para acercar al proletariado al catolicismo, ya que en muchas ocasiones esos círculos estaban patrocinados por los empresarios y no se destacaban precisamente por la defensa de los intereses de los trabajadores.

Ese caldo de cultivo fue instrumentalizado por las diferentes fuerzas políticas. Aparte del tradicional anticlericalismo de los partidos y sindicatos anarquistas y socialistas, quienes mejor supieron sacar provecho a la situación fueron Alejandro Lerroux y su Partido Radical.



Antonio Maura, presidente 25 enero 1907—21 octubre 1909

Maurismo

El gobierno del momento, uno de los más dinámicos de la Restauración, estaba en manos del conservador Antonio Maura. Entre sus reformas más sonadas se contaron la ley de Administraciones, la ley Electoral, la ley de Reclutamiento y la ley de Jurisdicciones, entre otras. Maura pretendía transformar y modernizar la política española por decreto, mediante lo que se llamó “revolución desde arriba”.

Poco dado a la negociación, tenía un talante más bien autoritario y estaba convencido de que la regeneración del país y el fin de problemas como el del caciquismo pasaban por la aplicación implacable de sus medidas. En Marruecos, la política del gobierno de Maura no contemplaba inicialmente el aumento de la presencia militar, pero esta se fue expandiendo a la par que crecían los intereses empresariales en el Rif.

Al margen de los sucesos de la Semana Trágica, se podría tomar 1909 como el año en el que se iniciaron las sucesivas campañas que culminarían con la ocupación militar efectiva del protectorado español en el Rif. La figura de Antonio Maura creó adhesiones y controversias como pocas en su época. Tras las luchas de Barcelona, la prensa de la oposición inició una furibunda campaña bajo el lema “¡Maura no!”, a la que respondieron los medios afines al gobierno con el “¡Maura sí!”.

Finalmente, fueron las protestas internacionales contra la represión y las sentencias de muerte derivadas de la Semana Trágica las que provocaron la caída del líder conservador. Entre las ejecuciones, la que tuvo mayor repercusión fue la de Francisco Ferrer Guardia. La implicación de este anarquista y pedagogo en las luchas de julio en Barcelona fue mínima, pero el gobierno creyó ver en él al cabeza de turco apropiado para dar un escarmiento.



En cambio, pese a haber participado en los sucesos de la Semana Trágica, ninguno de los militantes del Partido Radical se vio implicado en la represión posterior. Al contrario, sus testimonios fueron clave para que se sentenciara a muerte a Ferrer Guardia. La impunidad de los radicales se atribuyó a las supuestas complicidades de Lerroux con algunos dirigentes de los dos partidos mayoritarios. En un momento en que el nacionalismo catalán cobraba fuerza, muchos vieron en él una especie de agente del gobierno de Madrid en Cataluña.

El asunto Ferrer Guardia acabaría costando a Maura la dimisión. Las sonadas manifestaciones contra la muerte del pedagogo en países como Francia y Bélgica llevaron a Alfonso XIII a retirar su apoyo al líder conservador. Terminaba así el llamado “gobierno largo” (de enero de 1907 a octubre de 1909). Pese a que ni siquiera había durado tres años, la legislatura de Maura había tenido una longevidad inusual por entonces.

La Semana Trágica, paso a paso

Todo comenzó cuando, en un ambiente crispado, los reservistas movilizados descienden la Rambla de Barcelona para ser embarcados en las naves del marqués de Comillas rumbo a Marruecos. En los muelles, las mujeres de la alta sociedad reparten escapularios entre los soldados, lo que solivianta los ánimos. La multitud protesta y algunos soldados se rebelan.

Esa semana transcurre en una calma tensa que se rompe cuando llega la noticia de las 300 bajas españolas (56 muertos y 230 heridos) al intentar tomar el monte Gurugú en Melilla. Las noticias del desastre en Marruecos llegan con retraso debido a la censura, lo que aumenta las especulaciones. En Barcelona se conocen los hechos el viernes 23.

Ese día se suspende el embarque. Durante este día y el siguiente se crea en Barcelona un clandestino comité obrero (integrado por socialistas, republicanos y anarquistas) que convoca una huelga general para el lunes 26.

La ciudad está paralizada. El gobernador civil, Ángel Ossorio Gallardo, cede el poder ante las presiones del gobernador militar, el general Luis de Santiago. Las comunicaciones de Barcelona se cortan, excepto el telégrafo con Baleares. Esa noche arderán los dos primeros edificios religiosos en el barrio de Poble Nou. Las cifras oficiales señalan tres muertos.

La policía y el Ejército no dan abasto. La quema de iglesias y conventos se generaliza, entre ellos el de las Jerónimas, que será saqueado. Sus momias serán desenterradas y acarreadas de malos modos al ayuntamiento. Por la mañana vuelve algo de calma, pero los tiroteos, las barricadas y el ataque a edificios religiosos se reanuda por la tarde. En los días siguientes la sublevación parece en retroceso. Las Fuerzas Armadas recuperan terreno y las calles se vacían. El Ejército emplea la artillería para restablecer la línea férrea en el Clot.

Abren los primeros comercios y cafés, llega la prensa del exterior. Quedan focos de resistentes que se van alejando del centro de la ciudad. Los “pacos” (tiradores ocultos) ganan protagonismo. Comienzan a actuar las brigadas de limpieza en las calles.

Pese a los ataques al convento de Roger de Flor, la normalidad se va imponiendo. Se restablece el alumbrado, el funcionamiento de tranvías y los servicios públicos. Las fuerzas de policía suman 20.000 hombres. Poco a poco se recupera la normalidad. La mayoría de los trabajadores acuden a sus empleos, atraídos sobre todo por el anuncio de que cobrarán por adelantado el sueldo de la semana. □



Detención de Ferrer i Guardia



Sobre *¿Quién mato a Ferrer i Guardia?*, libro-de Francisco Bergasa -

[2014, Anarquismo, Revoluciones del siglo XX y XXI](#)

<http://www.jesusaller.com/quien-mato-a-ferrer-i-guardia-de-francisco-bergasa/>

En los albores del siglo XX, la ciudad de Barcelona, con su rígida estratificación que segregaba a la gente bien, la clase media y una muchedumbre de obreros condenados a la miseria, representaba un foco de aguda inestabilidad. Políticamente, el colapso del canovismo, tras el desastre del 98, había favorecido la irrupción de dos fuerzas poderosas: el catalanismo, lastrado por un conservadurismo que forzaba la sumisión a Madrid, y el movimiento obrero, oscilante entre la agitación anarquista y el populismo de Lerroux. Culturalmente, la ciudad era un hervidero de ideas brillantes en arquitectura, pintura, música y literatura. Este es el complejo escenario de la trama.

Francisco Ferrer i Guardia nace en 1859 en una familia de agricultores acomodados del Maresme y con catorce años se traslada a Barcelona, donde trabaja en un comercio de tejidos y luego en una fábrica de harinas, mientras estudia en clases nocturnas. En 1878 pasa a la Compañía de Ferrocarriles, en la que pronto es revisor. Trata ya a Anselmo Lorenzo (1841-1914), tipógrafo y abuelo del anarquismo ibérico, que junto con otras influencias va decantando sus ideas. Sus viajes permiten a Ferrer actuar como discreto correo de Manuel Ruiz Zorrilla, líder del republicanismo español refugiado en París desde 1875, y este contacto le será de ayuda cuando su participación en una intentona insurreccional lo arrastre al exilio en 1885. Para entonces, llevaba ya cinco años casado con Teresa Sanmartí, con la que tuvo siete hijos, y hacía dos que había ingresado en la masonería. En la capital de Francia, Ferrer regenta un restaurante en la rue Pont Neuf, bautizado "Libertad" y luego da clases de español, aunque se entrega sobre todo al activismo con republicanos y anarquistas.

En el congreso de librepensadores celebrado en Madrid en 1892, Ferrer acude a defender sus ideas y cuando al fin es prohibido a los dos días de empezar, reparte un manifiesto entre los asistentes. Este contenía un llamamiento a la insurrección violenta, y será utilizado después contra él en el juicio, pero de momento le ganó la amistad de un redactor de *El País* que sintonizaba por entonces con aquello, Alejandro Lerroux. De regreso a París, Ferrer se divorcia al poco tiempo de Teresa, con la que las relaciones estaban muy deterioradas debido a las profundas diferencias de carácter entre ambos. Hubo después un incidente desagradable cuando ella le disparó en la calle hiriéndole levemente.

En el último lustro del siglo se produce un cambio ideológico importante en Ferrer, que ve clara la incapacidad revolucionaria de los republicanos, buenos sólo para prodigar cuarteladas que siempre fracasaban, y orienta sus esperanzas hacia un proletariado que emerge como fuerza poderosa. Esto la ligará más a los anarquistas, al tiempo que comienza a desarrollar la idea de una pedagogía libertaria, basada en métodos racionales y científicos, y capaz de crear espíritus críticos. Se trataba de combatir la perniciosa influencia de la educación católica, servil y dogmática, y promover la adquisición de conocimientos en un marco de respeto personal, solidaridad y libertad. Así alumbrará su gran proyecto, la Escuela Moderna. Respecto a su vida personal, desde 1899 Ferrer vive maritalmente con una alumna suya, Leopoldine Bonnard, con la que el año siguiente tiene un hijo, Riego. Las relaciones se prolongarán hasta 1905..

El dinero para el proyecto pedagógico lo aportará la herencia que dejó a Ferrer su discípula y amiga Ernestine Meunier, fallecida en 1901. El legado financia la fundación de la Escuela Moderna en la calle Bailén de Barcelona en septiembre de ese mismo año, que echa a andar con treinta muchachos de ambos sexos y dirección de Clemencia Jacquet, profesora francesa ardiente defensora de la educación laica. La empresa cuenta con la colaboración de los catedráticos de la universidad de Barcelona Andrés Martínez Vargas y Odón de Buen y pronto editará manuales de autores como Santiago Ramón y Cajal, Federico Urales o Anselmo Lorenzo. Hay que decir también que el proyecto cosechó críticas de los que lo veían excesivamente volcado en el adoctrinamiento político, como Ricardo Mella o Clemencia Jacquet, que acabó dejando su puesto de directora de la escuela.



El número de alumnos de la escuela va creciendo (146 en 1905) y se crean sucursales, que llegan a ser más de medio centenar en 1906. En 1901 Ferrer funda además un periódico quincenal y luego semanal, *La huelga general*, lo que no es óbice para que la que estalla en febrero del año siguiente en Barcelona sea un completo fracaso. En estos comienzos del siglo XX, aparte de su labor educadora, se convierte en alma y sustento de las campañas que se dan en España a favor de activistas presos o de agitación antimonárquica. En 1905, Ferrer conoce a una agraciada joven navarra, Soledad Villafranca, veintidós años más joven que él, y se va a vivir con ella, dejando su viejo domicilio a Leopoldine y Riego. Por esas fechas se produce en París un atentado con bomba contra Alfonso XIII en el que existen indicios de que Ferrer tuvo alguna implicación.

El año siguiente, tras el atentado de Mateo Morral en la calle Mayor de Madrid, a cuya gestación es probable que no fuera ajeno, Francisco Ferrer es detenido y encausado con una petición inicial de pena de muerte que luego se rebaja a dieciséis años, y sus bienes son inmovilizados. Las perspectivas son sombrías, aunque Alejandro Lerroux desarrolla desde *El progreso* una intensa campaña a su favor, denunciando una conspiración jesuítica para deshacerse del incómodo impulsor de la Escuela Moderna. Pronto arrecian también movilizaciones en el extranjero pidiendo su libertad y, desprovisto de pruebas para inculparlo, el tribunal absuelve a Ferrer, con lo que el 12 de junio de 1907 está en la calle. No obstante, la Escuela Moderna ha sido clausurada, y su prestigio se ve seriamente mermado, por lo que decide establecerse en París. En los meses siguientes, viajará por Europa defendiendo sus postulados pedagógicos, pero manteniendo el contacto con sus amigos españoles a los que subvenciona con generosidad, volcado cada vez más en los anarquistas, pues sólo a ellos ve capaces de llevar a las masas a la insurrección que puede alumbrar un orden nuevo. Una desgracia familiar, la grave enfermedad que aquejaba a su cuñada y su sobrina, es la causa de que viniera a España en junio de 1909 y se encontrara en Cataluña cuando se precipitaron los acontecimientos.

LA SEMANA TRÁGICA

Vive España en los comienzos de aquel verano de 1909 el fracaso del proyecto renovador de Maura, la famosa “revolución desde arriba”, y en Barcelona la marginada masa obrera avanza en un proceso organizativo en el que un hito importante había sido el nacimiento en 1907 de Solidaridad Obrera, confederación gremial que ponía las bases de lo que llegaría a ser un pujante movimiento sindical. Este proletariado militante identificaba como enemigos no sólo a patronos y burgueses, sino también al ejército y la Iglesia. Al mismo tiempo, el Partido Radical de Lerroux, demagógico y populista, suponía otro polo de atracción para los obreros.

La situación no andaba muy boyante por aquellos meses, con crisis económica y *lockouts* a la orden del día, pero se complica aún más cuando en el Rif se reanudan las hostilidades debido a las actividades mineras en las proximidades de Melilla, y se producen llamamientos a filas en Cataluña. Era la denominada “Guerra de los banqueros” en el argot popular y sus víctimas previsibles eran los obreros que no disponían de las mil quinientas pesetas necesarias para eludir el servicio militar. La prensa radical y hasta la moderada hervían de indignación y cuando el domingo 18 de julio se obliga a desfilar por las Ramblas, camino de los muelles, al Batallón de Cazadores de Reus, formado íntegramente por soldados catalanes, la rabia de las esposas y madres de los desventurados estalla implacable. En los días siguientes hay manifestaciones en Barcelona y por toda la geografía española. La agitación crece y la ciudad es ocupada militarmente. Pronto anarquistas y socialistas convocan huelga general para el lunes 26. Los radicales les apoyan. El comité de huelga está integrado por José Rodríguez Romero, en representación de los libertarios, Miguel Moreno, de Solidaridad Obrera, y Fabra Rivas por los socialistas.

Lunes 26 de julio

La calurosa mañana de ese día, la ciudad está casi paralizada y los obreros llegados de sus barrios al centro se juntan en grupos y fuerzan el cierre de los últimos comercios, mientras se producen algunos enfrentamientos y detenciones. Cuando se comprueba que los tranvías siguen funcionando, la violencia se concentra contra ellos y son apedreados e incendiados. Las autoridades locales deciden declarar el estado de guerra y el capitán general Luis de Santiago se hace cargo de la situación, poniendo en marcha un dispositivo eminentemente defensivo. Mientras tanto, los obreros asaltan las comisarías para liberar a los detenidos.



Por la tarde, cuando los manifestantes se acercan pacíficamente a Capitanía General pidiendo la solidaridad del ejército con el pueblo, son recibidos con disparos que causan varios muertos, determinando esto para muchos historiadores la transformación de la huelga en una abierta rebelión. Al filo de la medianoche, el edificio del Patronato Obrero de San José de los maristas, en Pueblo Nuevo, es incendiado, dando apenas tiempo a la tropa de proteger la salida de los religiosos.

Ocurre entonces que el comité de huelga contacta con los dirigentes políticos, tratando de dar un sentido a los acontecimientos, pero todos: catalanistas, radicales (con Lerroux además ausente), republicanos y socialistas rehúsan cualquier intento de encauzar lo que entienden que está sujeto a su propia dinámica. La situación queda así en manos de los treinta o cuarenta mil exaltados que dominan las calles.

Martes 27 de julio

Los rebeldes levantan por la ciudad centenares de barricadas para defenderse de las cargas de las fuerzas del orden, disparando desde ellas con su escaso armamento. Arden más de treinta iglesias y monasterios. Mientras tanto, en Madrid, La Cierva, ministro de la Gobernación, trata de hacer creer que lo que se vive en Cataluña es una revuelta separatista. Más al sur, en el barranco del Lobo, en las faldas del Gurugú, las tropas españolas son masacradas por los rifeños con más de mil trescientos soldados muertos.

Miércoles 28 de julio

Con la tropa a la defensiva, la ciudad está en manos de los sublevados que han conseguido armas en asaltos al Cuartel de Veteranos y a las armerías. Hay tiroteos con la Guardia Civil, y el ejército apenas interviene. Arden nuevas iglesias y monasterios, y algunos cementerios conventuales son profanados. El carbonero Ramón Clemente será fusilado por bailar, en la plaza del Padró, con el cadáver de una monja.



Jueves 29 de julio

Con la llegada de abundantes refuerzos, las tornas se invierten y los sublevados, que resisten heroicamente en numerosos enfrentamientos, terminan batidos y dispersados aunque provocan aún algunos incendios. Los miembros del comité de huelga empiezan a contemplar la posibilidad de huir.

Viernes y sábado

Estos días el ejército, con más de diez mil soldados, elimina progresivamente los focos de resistencia que quedan, mientras algunas líneas de tranvía comienzan a funcionar, y lentamente se recupera la normalidad.

La semana trágica sólo puede decirse que concluye el domingo, día 1 de julio, cuando el capitán general de Cataluña telegrafía a Madrid que la situación está plenamente controlada. Como saldo de los hechos hay que señalar que los revolucionarios respetaron centros institucionales y factorías industriales y no hubo asaltos generalizados de tiendas o comercios. Por otra parte, la persecución religiosa sólo provocó tres muertos, de los que uno fue debido al humo. Para ser una huelga general, resultó extraordinariamente violenta, pero es necesario reconocer que como revolución fue muy blanda.



¿Qué hizo Ferrer estos días? Sabemos que a principios de junio deja la residencia londinense donde se había instalado con Soledad Villafranca y se ocupaba en la selección de textos destinados a ser traducidos y publicados en su editorial. La grave enfermedad que afectaba a su cuñada y su sobrina lo trae a Cataluña, y el 17 de junio llega a Mongat. Durante el resto del mes de junio y la primera mitad de julio vive en su casa de Mas Germinal y realiza sólo esporádicas visitas a Barcelona, siempre vigilado por la policía. Entre el 14 y el 18 de julio, se aloja con Soledad en el Hotel Internacional de Barcelona, pero los datos disponibles sugieren que sus relaciones con los dirigentes anarquistas, de Solidaridad Obrera, radicales o socialistas que estaban en aquellos momentos implicados en la movilización contra la guerra no eran muy fluidas y poco pudo influir en este sentido.

Cuando ya los acontecimientos se han desencadenado, el lunes pasa el día en Barcelona, haciendo gestiones para su editorial, pero también entrevistándose con Miguel Moreno, de Solidaridad Obrera, y Emiliano Iglesias, jefe por entonces de los radicales, con los que cambia impresiones sobre los sucesos. Regresa andando a su domicilio y en él permanece el martes. El miércoles acude a Masnou y Premiá de Mar, donde trata, con escaso éxito, de incitar a algunos de sus conocidos a sumarse a la revuelta. Su "intervención" en los hechos de esa semana termina cuando de regreso a casa se encuentra por la tarde con un grupo de jóvenes que volvían de Barcelona y ante las noticias que traen les anima a la lucha con estas palabras: *"Eso está bien. ¡Ánimo! Es el momento de destruirlo todo."*

EL PROCESO

Durante el mes de agosto, dos mil quinientas personas son detenidas acusadas de participar en los hechos, al tiempo que se cierran periódicos, centros sociales y escuelas laicas. Se busca un chivo expiatorio y la prensa afín al gobierno comienza una campaña de falsedades contra Francisco Ferrer: presencia en las calles dirigiendo a los amotinados, financiación de los insurrectos, etc. El auto de procesamiento enhebra rumores y juicios de valor para plantear una responsabilidad que no se sustenta en ningún indicio probatorio. Se le busca afanosamente y al fin el 1 de septiembre, de madrugada, es detenido en Alella cuando trataba de huir a Francia. Mientras tanto, familiares, amigos y colaboradores de Ferrer son desterrados a Alcañiz y Teruel y todos sus bienes son confiscados.

Variados fueron los destinos de los miembros del comité de huelga y de los sindicatos y partidos que se adhirieron a la sublevación. Bastantes consiguieron huir, otros fueron apresados el primer día y de poco se les podía hacer responsables. La represión se cebó en los anarquistas de Solidaridad Obrera, algún nacionalista catalán y militantes del Partido Radical. Estos últimos, aunque no los líderes principales, destacaron por las acusaciones que vertieron contra Ferrer. Se repasa muy detalladamente en el libro la instrucción del proceso contra este, cuyas múltiples irregularidades son puestas de manifiesto. De los testigos convocados (105), sorprende en primer lugar la abundancia de militares, agentes de las fuerzas del orden y políticos derechistas, así como la exclusión injustificable de familiares y correligionarios del acusado. Las declaraciones amplifican y validan rumores, tuercen la realidad y tejen insidias para acabar convirtiendo a Ferrer en el alma de la sublevación. Las pruebas documentales fueron obtenidas en el registro realizado en su casa y consisten en escritos suyos en los que expresa su ideología o defiende un programa revolucionario, sin que se encuentre ninguna referencia concreta a los hechos de Barcelona.

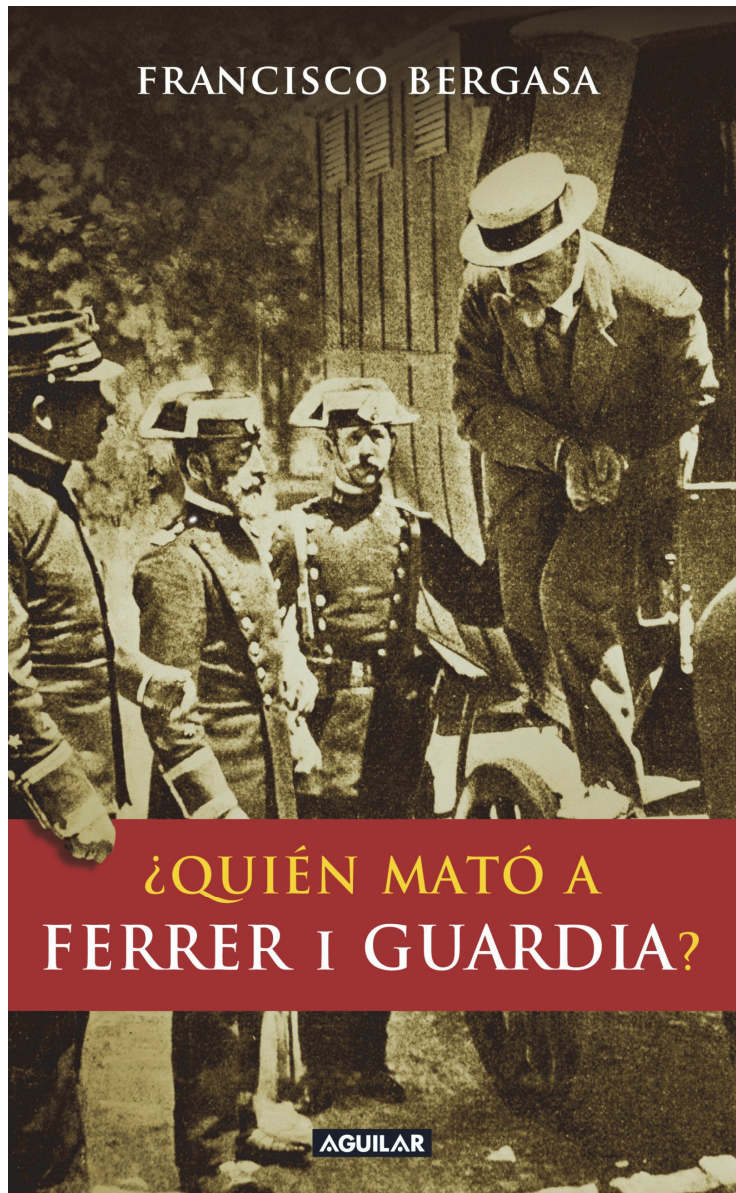
Se acusa a Ferrer de *"un delito probado de rebelión militar"* y se le pide que elija a su defensor entre una lista de oficiales togados. Optará, debido al simple hecho de la coincidencia de nombres, por el capitán Francisco Galcerán Ferrer, que se comportará de forma leal y honesta. Las sesiones del juicio oral tienen lugar el 9 de octubre en la Cárcel Modelo de Barcelona. Comienzan a las ocho horas con el "apuntamiento", una versión abreviada del sumario que precede a la intervención del fiscal. En estos trámites se contemplan resumidas las atrocidades de la instrucción: una maraña de mentiras consigue presentar a Francisco Ferrer como cabecilla de la sublevación. Habla después el defensor, que convencido de su inocencia, se atreve a denunciar las irregularidades del proceso y la debilidad de los argumentos de la acusación. Su honradez le valdrá ser censurado por el auditor por *"exagerar la defensa del reo"* y la apertura de una investigación que al fin quedó en nada. Se permite luego a Ferrer leer un par de cuartillas en las que protesta de su inocencia. A las doce y cuarenta y cinco minutos se da por terminada la vista.



Consejo de Guerra contra Ferrer Guardia (dcha)



FRANCISCO BERGASA



¿QUIÉN MATÓ A FERRER I GUARDIA?

AGUILAR

parte, que no sólo en el extranjero hubo movilizaciones a favor de Ferrer, sino también en distintos lugares de España, y que en ellas participaron los miembros más combativos del proletariado junto a algunos burgueses liberales. □

Tras esta pantomima, Ferrer trató de dar ánimos a sus allegados, aunque no se le escapaba lo oscuro de su destino. A las seis de la tarde, el tribunal declara al acusado culpable de liderar la revuelta y le impone la pena de muerte. El fallo es aprobado por el capitán general de la IV región con fecha del 10 de octubre, y esa misma noche, el reo es trasladado al castillo de Montjuïc. El consejo de ministros del día 12 da el “enterado” y la sentencia se comunica al reo a última hora. Tras despedir amablemente a los sacerdotes que acuden a hablar con él, Ferrer redacta un detallado testamento, descansa apenas unos minutos y escribe varias cartas. A las nueve en punto del día 13 de octubre es fusilado. Sus palabras postreras a los soldados que formaban frente a él fueron: “¡Muchachos, apuntad bien, y disparad sin miedo! ¡Soy inocente! ¡Viva la escuela moderna! La mañana siguiente fue enterrado en el cementerio próximo al castillo. Los hechos provocaron en el mundo la mayor campaña antiespañola jamás vista. Cayó en breve el gobierno Maura y se mitigó la represión, pero ya nada volvería a ser igual. La sangre derramada de Ferrer hará que sus ideas tengan un éxito que nunca habían conocido y se conviertan en fermento y sustancia del anarquismo español.

El libro concluye tratando de depurar las responsabilidades del asesinato legal que en él se describe. ¿Por qué ocurrió lo que ocurrió? Ferrer estaba en el punto de mira del poder, era vigilado desde hacía mucho tiempo y tras el atentado de Morral de 1906 podía considerársele el enemigo público número uno. Su detención en Alella, dio al gobierno de Antonio Maura la ocasión que esperaba de ajustar cuentas con él, y ciertamente no la desaprovechó. Las medidas que toma en ese momento permiten explicar todo lo que ocurre después. El ejército fue un instrumento dócil en manos del gobierno y se sumó entusiasmado a la campaña contra el que se había mostrado un abierto antimilitarista. La iglesia tampoco escatimó medios para combatir al que denunciaba sus privilegios. Fue decisivo también el apoyo de la prensa de mayor difusión, enteramente al servicio del gobierno y los partidos conservadores, que actuó de altavoz para las mentiras que se atribuían a Ferrer. Solamente *El País*, órgano nacional de los radicales y periódicos menores asumieron su defensa.

De enemigos como aquellos sin duda podía esperarse algo así, pero sorprende la animadversión de los miembros del Partido Radical que declararon contra Ferrer. Sin embargo, el reciente acercamiento de este a los anarquistas había motivado una cierta tirantez que contribuye a explicarla. La falta de afinidad con los catalanistas de derechas ayuda a entender los testimonios de algunos de ellos y la indiferencia distante de otros. Los catalanistas de izquierdas no lo acusaron abiertamente, pero poco o nada hicieron por él. Más extraño es el alejamiento de los anarquistas y socialistas de Solidaridad Obrera, pero hay que decir que estos, aunque habían sido generosamente financiados por Ferrer, nunca dejaron de considerarlo un hombre de otro mundo, un burgués enriquecido, compañero de viaje apenas. Hay que señalar, por otra



La Ira y Ramón Acín

José Domingo Dueñas. Fragmentos de *Costismo y anarquismo en las letras aragonesas*. Instituto de Estudios Altoaragoneses.2000.

[Sobre *La Ira* y las prensas republicana, socialista y anarquista de la época. Nota FRKA] . Samblancat elevaba, pues, los acontecimientos políticos del momento al rango de sucesos épicos, presentaba a quienes engrosaban el ala más radical del republicanismo como verdaderos héroes modernos y sustituía el análisis socio-político propiamente dicho por un discurso resuelto en términos éticos: la moral del héroe y sus repercusiones sociales es lo que parece interesar, en definitiva, al articulista. En este sentido, cabe recordar lo que ya advertía Álvarez Junco con respecto a la prensa anarquista de principios de siglo: las escasas páginas que dedicaba al examen de los acontecimientos políticos y la enorme cantidad que ocupaba por contra con «descripciones literarias impregnadas de mensajes éticos y de sentimentalismo autocompasivo». Lo que nos lleva a colegir que la cultura política popular del momento -sin grandes diferencias entre las filas republicanas, anarquistas o socialistas- tendió a aludir menos a la interpretación social de la historia que al imaginario colectivo de las clases populares, alimentado durante años de percepciones maniqueas - el Bien frente al Mal-, mitificadas -la idea de la salvación o condena eternas- o teleológicas -el triunfo final de la Justicia, por ejemplo-, y transmitidas sobre todo a través de la omnímoda educación religiosa. Evidentemente, la entonces incipiente ciencia de la sociología no había calado aún en la producción ideológica destinada al pueblo.

Y todavía resulta todo ello más evidente en el escrito que Samblancat insertó en el siguiente y último número de *La Ira*, «La Semana Santa de la Revolución, ¡Aquellos hombres! (En el cuarto aniversario de la revolución de julio)». El escritor aludía en su artículo, como la mayor parte del número en que se incluía, a la Semana Trágica de Barcelona (25-30 de julio de 1909), días en que las protestas por el embarque de reservistas hacia Melilla, como consecuencia del aumento de la intervención militar en Marruecos decidida por el gobierno de Maura, desencadenó una huelga general convocada por la agrupación sindical Solidaridad Obrera, de tendencia libertaria, y los socialistas; y a ello siguió la declaración del estado de guerra, la intervención del ejército, una verdadera insurrección callejera y finalmente más de cien muertos, quinientos heridos, numerosos edificios religiosos quemados o el fusilamiento de Ferrer Guardia en la implacable represión posterior, juzgado como inductor intelectual de la revuelta:

Nosotros tenemos [comenzaba Samblancat su escrito] en el iris de nuestros ojos el claro y divino embeleso de los que han gozado de un espectáculo de ensueño, de pasmo y de maravilla. Nosotros tenemos las pupilas bañadas de lumbre y de ardores fosfóricos, de lumbre roja de encantos, de hecatombes y de trágicos prodigios. Nosotros tenemos aún el alma plena de fervor de aquellos días, y la frente ungida por el recuerdo de aquéllas tremendas e indelebles visiones.

En su mayor parte, el escrito de Samblancat no era otra cosa que una apología mitificadora de los protagonistas de aquellas jornadas:

¡Qué hombres aquellos! ¡qué hombres!(...) Sus frentes, llenas de delirio, de exaltación y de demencia, brillaban como yunques bruñidos, en que se ha forjado el hierro punzante de los puñales y de las utopías.

(. ..) ¡Qué hombres aquéllos! ¡qué hombres! Donde sentaban la planta de su pie se levantaba el empedrado y se alzaba una barricada. Donde clavaban la mirada fulguraba el relámpago, donde ponían la mano se encendía una hoguera (. ..).

En ningún momento se detenía el autor en mencionar los argumentos que impulsaron a aquellos rebeldes a echarse a la calle; ni siquiera pretendía narrar o actualizar los sucesos de aquella semana sangrienta, y tanto es así que incluso el elevado número de muertos en la refriega y en la represión posterior eran eludidos en su discurso, centrado en la exaltación de aquellos hombres cuya fuerza y determinación sólo admitían ser comparadas con la magnificen-



cia de la Naturaleza, con episodios bíblicos o con el mismo Dios. A la postre, lo que intentaba Samblancat era mantener viva la llama revolucionaria de cuatro años antes, y con este objeto proponía el ejemplo épico del héroe. Así, decía que si los sublevados de julio se encontraban con un hombre «le dirigían un saludo o le pegaban un tiro», si pasaba una mujer «le echaban a los pies sus sombreros gachos o un pedazo de su camisa», si se trataba de un niño, «le daban un beso, apretando en la mano la culata del revólver o las cachas de una navaja ensangrentada»...

...

Tanto Fernando Pintado como Ramón Acín, los otros dos articulistas que firmaron en *La Ira*, manifiestan un mundo de referencias semejante, aunque desde luego sin extremar tanto como Samblancat los rasgos ideológicos ni los tics retóricos. Fernando Pintado sería director meses después de *Los Miserables*, así como de una de las tantas colecciones de novelas cortas que abundaron entonces, *La Novela Roja* (1922-1923), también de la revista coetánea *Siluetas* (1923) y ya en el exilio de la editorial anarquista «Páginas Libres», establecida en Toulouse.

En su artículo «Jóvenes», Pintado manifiesta una sensibilidad muy de época en la medida en que deposita en la juventud todas sus ansias de renovación y de mejora:

La juventud puede construir una sociedad perfecta tan sólo desechando toda idea prostituida, todo pensamiento obscuro, pequeño, repugnante, engendrado por los inútiles, por los mercaderes, por los falsarios, por los miserables y nacido en el torbellino de las pasiones bastardas (...).

La juventud debe ser el escudo de todo lo perfecto y La muralla que impida el avance de las bajas pasiones.

No obstante, la defensa apriorística de «lo nuevo», el afán de ruptura con la tradición defendido por Pintado presentaba sus límites, ya que el escritor invocaba como modelo «la honrada y gloriosa España, guiada por nuestros antepasados, la España de Costa, de Zorrilla, de Pi y Margall, de Fermín Salvochea». Lo que intentaba, pues, Pintado era incitar políticamente a los jóvenes, aunque para ello acudiera a un tópico cultural del momento: la radical oposición entre lo viejo y lo nuevo. Su segundo artículo, «La ciudad santa», es un elogio a Barcelona por su actuación en la Semana Trágica y demuestra, de acuerdo con patrones que ya conocemos, una confianza ciega en el pueblo, al que juzga depositario de «una fuerza sobrenatural que puede, sin grandes esfuerzos, transformar al mundo».

La contribución de Ramón Acín a *La Ira* ha sido ya objeto de atención, sobre todo, por parte de sus dos biógrafos más importantes, Miguel Bandrés y Sonya Torres. El oscense entregó al semanario barcelonés un dibujo de intención crítica, «Hacia otros cielos», en el que una niña rica pregunta a otra recién llegada de Brasil con sus escasas pertenencias: «¿También tú vienes a veranear a Biarritz?». Además, Acín firmó dos artículos acordes con el tono del periódico; en el primero, manifestaba su repulsa hacia la intervención en Marruecos, adonde para mayor abundancia acudían únicamente quienes no podían pagar la dispensa del servicio militar:

Dejad en paz a los pobres, que les será muy doloroso gastar mucho dinero en disparos conociendo el sacrificio que cuesta ganarlo; que tendrán que dejar el fusil de las manos para rascarse las picaduras de Los piojos (...).

d vosotros, soldados de cuota, a Marruecos, a La guerra; sentad plaza, jóvenes hijos de capitalistas, sportmans adinerados (...).

En el siguiente escrito demostraba Acín un anticlericalismo muy de época, aunque especialmente afilado en sus conclusiones, que resultarían incluso entonces un tanto insólitas, ya que el joven periodista advertía a las órdenes religiosas de que «no siempre ese humo será de incienso; que día llegará en que de nuevo vuestras celdas, vuestras salas de rezos, vuestros comedores, vuestros salones de recibir, aparezcan culotados (sic) de humo y de llama como las pipas viejas de los viejos marinos»>> ,



Con todo, no sorprende que los fogosos redactores de *La Ira* se encontraran con obstáculos insalvables para sacar a la calle el tercer número, aunque al mismo tiempo resulta revelador que la denuncia gubernamental causante del cierre del periódico, según el testimonio de Katia Acín, fuera desencadenada por ciertas alusiones jocosas a la tía del rey, Isabel de Borbón, que por entonces visitó Barcelona,

Desde finales de 1911 habían sido suprimidas las garantías constitucionales como respuesta a la huelga general de septiembre y suspendida la CNT; a principios de 1913 el gobierno liberal de Romanones permitió la reorganización de las actividades sindicales y concedió el indulto a quienes habían sido encarcelados con motivo de la revuelta de meses antes; no obstante, en este mismo año regresaron al poder los conservadores. Quince años después, Acín recordaba todavía detalles de interés acerca de aquellas vicisitudes:

El primer número cayó como una bomba; Francos Rodríguez, gobernador de Barcelona a la sazón, dudando si llevarnos al manicomio o la cárcel, son palabras suyas, nos dejó en libertad. Al segundo optaron, sin dudar, por llevarnos a la cárcel; si sale el tercero, ya en prensa, ¡pum! ¡pum! nos fusilan, con trinos de dulces pajaritos, en mitad de la Rambla de las Flores, más mejor es poderlo contar.

El propio Acín, en el inicio de la República, lamentaba -según recordaba Félix Carrasquer- el tono agresivo e insultante de *La Ira*, al tiempo que dejaba constancia de la alta estima que sus redactores cobijaban de sí mismos: «Equivocadamente creíamos en nuestro 'sublime' papel de agitadores, cuando sólo éramos pobres eres agitados por un impulso incontrolado que restaba valor informativo al mensaje y descalificaba a quienes lo emitían».

Por otro lado, la mezcla de cultura religiosa y anticlericalismo que confluía en *La Ira* es consecuencia de una coyuntura en que, como ha subrayado, entre otros, Álvarez Junco, por primera vez en España grupos de abogados, escritores, periodistas, funcionarios y elites intelectuales, en general, disputaban el público a la Iglesia católica. El proceso de pérdida de influencia por parte de la Iglesia propició que la fe cristiana fuera reemplazada por «otras doctrinas redentoristas y fraternales» o que artículos y panfletos incendiarios estuvieran salpicados de vocabulario, de mitología e incluso de actitudes y valores defendidos por el cristianismo. Samblancat, por ejemplo, que había estudiado con los Misioneros Claretianos de Barbastro durante cuatro años y que había vivido incluso el periodo de noviciado en Cervera, describía el impacto anímico que conservaban los testigos de las jornadas revolucionarias de la Semana Trágica como si se tratara de una conversión religiosa:

Por fuerza, nuestro rostro tiene que resplandecer como el de Moisés, al bajar del Sinaí, después de haber visto a jehová en la muchedumbre de su majestad y de su gloria; por fuerza, nuestro cuerpo tiene que estar circundado de un halo de esplendor y de fulminación, como el de Jesús transfigurado sobre la cumbre del monte Tabor; por fuerza, nuestras cabezas deben estar ceñidas de una aureola nítida, como las de los Apóstoles el día de Pentecostés, después de haber recibido los dones del Paráclito (. ..).

El mismo Acín acusaba a las órdenes religiosas -«agustinos, escolapios, agonizantes, capuchinos, trapenses, dominicos, cartujos, carmelitas, jesuitas»- de haber traicionado el mensaje originario del Evangelio: «No riais (...) los que dejasteis la choza de Pedro el Pescador para instalaros en palacios de mampostería; los que abandonasteis el desierto de Tebaida y los montes Armenios por las grandes urbes; los que arrancasteis los dientes a la calavera de San Jerónimo para ponéroslos postizos engarzados en oro (...)». Y Fernando Pintado solicitaba «la destrucción de la España clerical » armado de un bagaje de indudable raigambre cristiana: «<<Ha de formarse sin demora la legión de jóvenes locos, de una demencia de inmolación y sacrificio, ciegos de fe, ebrios de idealismo, ansiosos de instaurar en España el imperio de la razón, de la justicia social, que destruya la España clerical, la España sacristanesca, jesuítica (...)».



No cabe duda de que las referencias religiosas -personajes y acontecimientos de la historia sagrada, lenguaje, sistema conceptual- eran las que mejor podían entender las clases populares, pero es que además los propios intelectuales que trataban de minar la influencia de la Iglesia habían sido formados en su mayoría en colegios religiosos, de modo que no extrañe que su léxico o su sistema de valores fueran ostensiblemente deudores de la tradición judeocristiana, ni que a la vez que denigraban a las jerarquías eclesiásticas apreciaran de forma expresa el componente moral del Evangelio. No le faltaba, pues, razón a Gerald Brenan cuando, siguiendo a Díaz del Moral y su documentada Historia de las *agitaciones campesinas andaluzas*, percibía en los anarquistas españoles la misma disposición espiritual que en los primeros protestantes, ya que tanto unos como otros se consideraban los verdaderos continuadores del cristianismo. Pensaba Brenan que el odio de los anarquistas hacia la Iglesia y su implacable persecución, sobre todo durante la guerra civil, «sólo se puede explicar como el odio de los herejes hacia la Iglesia de la que han surgido».

El propio Samblancat se confesaba, en efecto, hacia el final de la segunda década del siglo, «discípulo del bolchevike (sic) Jesús», al tiempo que se definía como [r]epublicano, revolucionario, autonomista, francófilo, anticlerical, anarquizante». Y Federica Montseny, todavía en febrero de 1989, venía a ratificar plenamente la intuición de Brenan: «nosotros nos considerábamos -decía la antigua ministra de la República-, y me parece que lo éramos, los continuadores del cristianismo, del auténtico, del verdadero cristianismo, de la concepción igualitaria y libertaria del hombre que existe en el fondo del cristianismo, una vez despojado de todas las influencias clericales».

Aparte de los citados -Díaz del Moral, Brenan-, otros autores han insistido en el fundamento religioso del movimiento anarquista, algo que, a nuestro entender, resulta irrefutable. No obstante, tampoco se ha de olvidar que la cultura popular, en general, o las ideas ácratas, en particular, también se vieron sujetas a transformaciones determinadas por las circunstancias históricas de cada momento. Así, el discurso anarquista, como también el socialista, de los años treinta se fue despojando en mayor o menor medida, según ideólogos o publicistas, de lo que podríamos denominar la «metafísica revolucionaria»; si bien, también es cierto que determinados teóricos anarquistas -entre los que hay que destacar a la mencionada Federica Montseny- se mantuvieron hasta el final de la guerra fieles a una cosmovisión puramente idealista, poco menos que escatológica, del anarquismo y la revolución.

De manera acorde con lo expuesto hasta aquí, apreciamos en los artículos de *La Ira* una disposición del discurso encaminada sobre todo a remover los resortes emocionales del lector. Especialmente llamativo es el caso de Samblancat por llevar a su extremo muchos de los mecanismos retóricos de la prosa de su tiempo. Los escritos de Samblancat que aquí hemos comentado traen evidentes ecos de la sobrecargada oratoria de Ríos Rosas, Salmerón o Castelar, que había alcanzado su momento más esplendoroso durante el sexenio democrático, y que había sido puesta en cuestión a partir de los años ochenta y de forma definitiva en el fin de siglo, momento en que también la prosa periodística y literaria se vio sustancialmente depurada y sustituida por la dicción más desnuda de los noventayochistas, como bien estudió Guillermo Díaz-Plaja. Por otra parte, a tenor de periódicos como *La Ira* o *Los Miserables* no parece que el bagaje decimonónico de imágenes, símbolos o mitos colectivos fuera entonces filtrado desde las filas obreristas con criterio tan exigente como recordaba Alaiz en 1933:

Los insobornables tenían una pluma en la mano o cualquier otra herramienta de trabajo y a veces se ponían a escribir. Necesitaban, en primer lugar, arrasar los viejos estilos plañideros, las invocaciones a lo alto, heredadas del judaísmo y de la brujería católica.



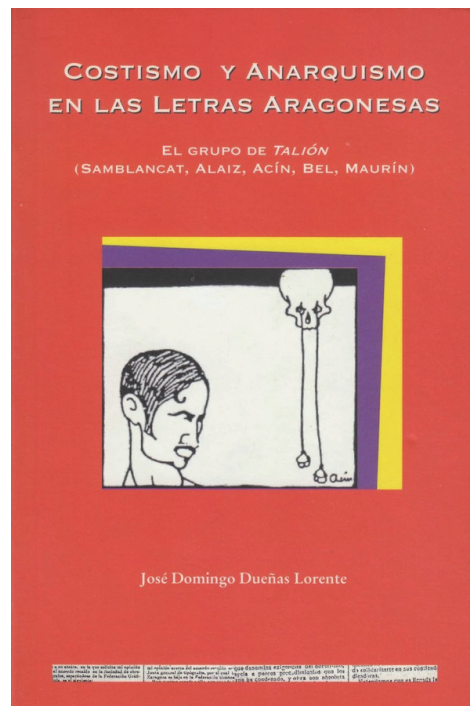
Xilografía de Ramón Acín. S/F



Aunque también la prosa de Samblancat, dentro siempre de un recargamiento ostensible, modificó sus registros a lo largo de los años, hay que pensar que la volcada en *La Ira* resultaba anterior a estos procesos de depuración estilística que reseñamos. El periodista revolucionario de Graus trataba de captar la atención de un público poco instruido y para ello se servía de una prosa musical -por eso recuerda tanto a la oratoria decimonónica-, en la que las repeticiones, la recurrencia de estructuras sintácticas o léxicas creaban un ritmo que predominaba sobre el discurrir del pensamiento. En definitiva, una sintaxis basada en la amplificación y la perífrasis, un léxico poco manido, rebuscado, como para que mantuviera intacta buena parte de su fuerza significativa, y una imaginería atrevida, extraída a menudo de la naturaleza o de la historia sagrada, eran los cauces por los que Samblancat transmitía su energía revolucionaria, su deseo de agitar las conciencias. A mi juicio, la prosa nada común de nuestro autor debía de provocar algo así como un efecto hipnótico, de embeleso o de asombro entre su público y, por ende, un sentimiento de admiración o, en definitiva, la adhesión confiada hacia el maestro.

Tal vez por esa condición de apelar sobre todo a emociones y sentimientos, por su carga elativa, la prosa de periódicos y panfletos destinados a las capas populares sufrió un proceso de depuración más tardío; y así, Ricard Salvat podía apreciar también en los artículos de Salvat-Papasseit recopilados en *Humo de fábrica* (1918) una escritura que destilaba «subcastelarismo y subcostismo».

Con soporte retórico menos notorio que el de Samblancat, Acín construía sus dos artículos de *La Ira* sobre la repetición de un enunciado imperativo, los títulos de Los textos, «Id vosotros» y «No riáis», de forma que ambos escritos adquirirían un tono como de advertencias bíblicas, de salmos laicos... □



La Ira

Eco de las protestas y de los gemidos de la calle, bandera de los anhelos de los oprimidos, voz de los que claman con los puños levantados desde el abismo

===== PRECIOS DE VENTA =====	
100 ejemplares.	2'00 ptas.
Suscripción, un trimestre	1'00
Número suelto, cinco céntimos	

Redacción y administración :
Calle de las Cabras, núm. 4



Recordando a un oscense ejemplar (fragmento acerca de Acín en los años de *La Ira*)

Félix Carrasquer. Catálogo exposición *Ramón Acín 1888-1988*. Huesca, 1988. Pgs. 33-39

(Fragmento en pgs. 36-37

(...)

Mi recuerdo de Acín en el contexto de la citada Conferencia Provincial celebrada en Huesca después del Congreso del Conservatorio¹, viene determinado por el impacto que una vez más ejercería sobre mi persona la calidad de su pensamiento; un pensamiento indefectiblemente avalado por una conducta irreprochable y consecuente. Acabábamos de levantar la sesión cuando Acín vino hacia mí y con su habitual ademán pausado y sonriente me invita a salir fuera para poder departir tranquilamente conmigo unos minutos. Su deseo de hablar conmigo había sido motivado por los hechos siguientes: Unos días antes, Justo Val y yo éramos detenidos por la Guardia Civil y conducidos ante el Gobernador de la Provincia. No me extenderé sobre la causa de esta detención porque me parece impropio de este lugar y muy limitado el espacio de unas cuartillas. Es conveniente aclarar sin embargo, que nada habíamos hecho que justificara esa detención, como lo prueba el hecho de que tan pronto como el Gobernador se percató de lo sucedido tras oír nuestro relato, nos dejó en libertad. Pero lo insólito había sucedido a nuestra llegada a Huesca, en que la brigada de obreros que estaban trabajando en el Coso, al ver que íbamos conducidos por la Guardia Civil, se acercaron hasta la puerta de Gobernación uniéndose al grupo de jóvenes albalatinos que nos habían seguido desde el pueblo subidos en un camión. Otros ciudadanos oscenses se sumaron a ellos al enterarse de lo ocurrido, y todos juntos, en medio de la consiguiente barahúnda, esperaron en la calle hasta vernos salir; momento en el que yo, un poco excitado por la impaciencia de quienes me asediaban a preguntas, empecé a levantar la voz y, soltando finalmente los frenos, a excederme en diatribas contra el régimen que daba lugar a semejantes atropellos. Hubo un poco de agitación pero la calma se hizo de nuevo en muy breve espacio de tiempo. Val y yo subimos al camión y en compañía de los jóvenes albalatinos que nos habían acompañado regresaríamos al pueblo, mientras que el resto de los allí reunidos irían desfilando uno tras otro pacíficamente.

Pues bien; a ese desagradable incidente se referiría Acín cuando ya instalados en torno a una mesa del café más próximo, se dirigió a mí y en síntesis vino a decirme: *“Lo del otro día en el Coso me ha hecho recordar otros tiempos y otras algaradas. Verás: cuando yo tenía la edad que ahora tú tienes, junto con Samblancat y otros amigos sacamos en Barcelona, allá por el año 1913, una publicación intitulada “La Ira”. Ya puedes deducir por el simbolismo de esta palabra cual sería el contenido de nuestro anhelado periódico, del que nos servíamos para poner en la picota injusticias, abusos y cuantos males sociales llegaban a nuestros oídos; pero no es de esto de lo que hoy me reprocho. Me entristece, eso sí, el recuerdo de aquel lenguaje; un lenguaje insultante, impregnado de agresividad y casi en los lindes de lo grosero y soez algunas veces. Equivocadamente creíamos en nuestro «sublime» papel de agitadores cuando sólo éramos pobres seres agitados por un impulso incontrolado que restaba valor informativo al mensaje y descalificaba a quienes lo emitían. Te cuento esto por si de algo puede servirte el fruto de mis experiencias y reflexiones; porque aun admitiendo que pueda ser cierto lo de que “nadie escarmienta en cabeza ajena”, he pensado que tratándose de un joven inquieto como tú, deseoso de ver incrementado el nivel cívico y cultural de su pueblo y que al mismo tiempo participa con ilusión en el proyecto libertario, entenderá a la perfección que con nuestra expresión violenta e incongruente, lo que conseguíamos era asustar a la gente y suscitar su rechazo hacia los ideales de liberación y de solidaridad humana que decíamos defender. A mí me parece que es más rentable y a la vez susceptible de aportarnos íntima satisfacción, intentar atraernos a las gentes por la fuerza de nuestros razonamientos, que expuestos con ademán seguro y resuelto pero exento de nerviosismos y estridencias y permaneciendo abiertos siempre al diálogo con todo el mundo, nos harán acreedores a la confianza y respeto de quienes no nos comprenden todavía y habremos ganado la batalla al egoísmo y a la indiferencia que predominan por doquier.”*

1.El “Congreso del Conservatorio” -pues tuvo lugar en el Teatro del Conservatorio madrileño- fue el III Congreso, que celebraba la CNT, y se convocó tras el final de la dictadura de Primo de Rivera y de la consecuente proclamación de la II República española. Representaba a 530.000 afiliados organizados en 511 sindicatos de toda España.



Acín hizo una pausa y me miró como si esperara de mí un comentario pero yo, que prendido de su discurso permanecía boquiabierto sin pronunciar palabra, me acuerdo que sólo supe sonreír y, haciendo un gesto de aquiescencia, exclamar: ¡Gracias! Una exclamación que me venía de lo más hondo, como honda sería la influencia que el pensamiento de Acín ejercería en mis decisiones como militante de la CNT y en mis relaciones con todo el mundo. Sobre poca cosa más que revistiera alguna importancia versó luego nuestra conversación, hasta que llegado el momento de poner fin a la entrevista, nos despedimos con un abrazo y yo salí a la calle llevando conmigo el eco de aquella voz y las sabias recomendaciones de Acín, paradigma de conducta como hay pocos y cuya autenticidad tenía mucho que ver con su compromiso en la lucha por una sociedad libre y solidaria. Y digo esto porque cuanto más lo reflexiono más me convengo de que sólo podemos ser auténticamente humanos navegando por corrientes de libertad y de solidaridad....□



Fotomontaje de Félix Carrasquer a izda. y Ramón Acín a la dcha y sobre fondo *Cargadores*, obra de Acín , óleo sobre cartón, 18,5 x 52 cm-1928-1930

